

Nuño Pérez de Quiñones, dispone el abastecimiento del Castillo de Salvatierra, trofeo de guerra considerado ya como algo definitivo. Pero es en vano: en 1195 los ejércitos de Almanzor y Jusuf se apoderan de Salvatierra, de Calatrava y de toda la provincia, coronando la empresa con la trascendental victoria de Alarcos. Tres años después, el maestre Martín Martínez, avergonzado de ver la capitalidad del Campo bajo el signo de la Media Luna, flanquea Calatrava y se apodera por sorpresa de Salvatierra, informado por un moro cautivo de lo escaso de su guarnición. Entonces sí que es el momento culminante de la historia de Salvatierra, sede de la Orden, aislada, rodeada por los berberiscos de Calatrava, Almagro, Almuradiel, Almedina, Almodóvar, Caracuel, Benavente y toda la provincia; momento merecedor, no de enfermizas elegías, sino de las más recias odas del estro hispánico. Y esto ocurre en 1198. La Orden adopta el nombre de ORDEN DE SALVATIERRA. Ocho años después, el 1206, los moros consiguen apoderarse de la fortaleza, y entonces la Orden se retira a Zorita en espera de mejores tiempos.

Infructuosos son los esfuerzos de los calatravos por recuperar el territorio con sus solos medios. Afortunadamente la amplísima campaña de Alfonso VIII en 1212 decide la liberación definitiva del solar manchego. Benavente, Caracuel, Almodóvar, y Fuencalda, son abandonados por los berberiscos, sin lucha. En cambio, Salvatierra resiste, resiste por última vez con gesto heroico, y la Media Luna de sus torres no es abatida hasta que los cristianos resuelven prolongar el asedio, erigiendo una nueva fortaleza en las peñas del Mediódía, a la que llamau CASTILLO DON ALONSO. Cae Salvatierra, y todo el campo queda para los calatravos, asegurado por la difícil victoria de las Navas de Tolosa. ¿Qué puedo decirte de ella que no sepas mejor que yo?

Al fin, el Campo queda para la Orden, que deja de llamarse «Orden de Salvatierra», nombre que la ha honrado durante catorce años, para volver a tomar su primitiva denominación. Con mayor sosiego y menos apremio, renuncia a la reconstrucción de sus antiguas fortalezas de Calatrava y Salvatierra, que deja abandonadas y emprende la construcción de una nueva sede. Aun, en 1245, se ocupará el Bulario de la Iglesia de Calatrava la Vieja, pero ya no volverá a mencionarla jamás. Salvatierra y su Atalaya cederán a las leyes del Destino, que son las de la gravitación universal. En lugar de todo ello, en 1216, el maestre Martín Fernández de Quintana acomete la construcción de Calatrava la Nueva, Sacro-Convento, Monasterio-Fortaleza inexpugnable que se erigirá omnipotentemente entre tantas ruinas de antiguos castillos árabes diseminados por la provincia, y que en realidad sólo tendrá aplicación en miserables guerras intestinas completamente extrañas a la epopeya nacional.

Es, por lo tanto, un curioso caso de sugestión colectiva el de la fascinación que producen en el observador las actuales ruinas del Sacro-Convento, y se explica solamente por su estado de conservación, muy superior al de las otras dos históricas fortalezas. También Salvatierra ha tenido, allá por el siglo XVI, sus lienzos de murallas mucho más considerables que en la actualidad, cuando España estaba ocupada en temas de odas de carácter más universal. La sugestión, sin embargo, alcanza, no sólo al vulgo, sino aun a personas tan eminentemente eruditas como Inocente Hervás, el mejor cronista de la provincia de Ciudad Real. Su obra es imperfecta, como toda obra humana, pero constituye la labor más concienzuda e inteligente desarrollada hasta la fecha acerca de la geografía y la historia de la provincia. Al ocuparse de las ruinas del Sacro-Convento, siente inflamada su fibra sensible de artista, cosa poco frecuente en él, y desahoga su entusiasmo con el siguiente párrafo (te ruego le prestes mucha atención): *«Aosombra y casi pavor inundan aún hoy día al viajero las imponentes ruinas del Sacro-Convento. Los fuertes muros suspendidos sobre el penoso y estrecho sendero que serpea en derredor de la montaña, incrustados en la áspera roca, y con ella confundidos por un mismo color y dureza, y las altas torres coronadas de almenas, que en triple cerca ciñen el recinto, donde se alcan majestuosos y arrogantes los restos de la soberbia iglesia, del convento de los religiosos y del fuerte o altivo castillo, dan a Calatrava tal as-*